

El telón de terciopelo

José Ignacio de Arana

grado cero [a] narrativa

El telón de terciopelo

José Ignacio de Arana

grado cero [**á**] narrativa

© José Ignacio de Arana Amurrio, 2007

© Grand Guignol, s. L., 2007

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

grand guignol ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid

e-mail: grandguignol@telefonica.net

www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:

ISBN-13: 978-84-935090-6-4

Impreso en España

*Para Mercedes, como todo.
Y para Almudena, Mercedes, Ignacio, Rodrigo y Manuel.*

EL TELÓN DE TERCIOPELO



«El telón de terciopelo de la cultura ha sustituido al telón de acero de la ideología como la más importante línea divisoria de Europa».

SAMUEL P. HUNTINGTON

El conflicto entre civilizaciones, próximo campo de batalla. (Revista "Foreign Affairs" 1996)

CAPÍTULO I

Era un día de los que engañan. El sol de la primavera, apenas comenzada unas semanas antes, otorgaba una especial luminosidad al aire y con él a los objetos y a los seres vivos que se veían a través del doble cristal de la ventana. Pero de las bocas de las pocas personas que a esa hora de la mañana cruzaban las calles del recinto, ajardinadas y ya salpicadas de pequeñas flores, se desprendía un vaho que indicaba sin lugar a dudas que la temperatura todavía no se correspondía con las crecientes horas de luz solar. Además, esos caminantes iban apresurados, con paso rápido que en algunos semejaba casi un trote, y eso aumentaba el resuello de su respiración que se condensaba por unos breves instantes alrededor de sus rostros como un aura. Los árboles del campus de Georgetown verdeaban en sus yemas y en las cada día más numerosas hojas que iban recubriendo sus hasta hace poco peladas ramas; los almendros y los prunos, más adelantados, se engalanaban con infinidad de flores blancas los unos y levemente teñidas de rosa los otros, muchos de cuyos pétalos formaban una alfombra junto a los troncos, blanqueando su sombra. Todo estaba muy claro, pero hacía frío.

Al otro lado de la cristalera, sentado en un mullido sillón de cuero gastado y agrietado por el uso de muchos años, un hombre fijaba sus ojos en todos esos detalles de la mañana, ajeno a su frío por virtud del buen sistema de calefacción que dejaba salir silenciosamente el aire por las rejillas del techo de la pequeña habitación. A su lado, una cama sin deshacer desde la noche anterior; apenas sí la almohada doblada sobre el cabecero de madera y la huella de que alguien había estado tumbado sin abrir siquiera el embozo; alguien que hubiese buscado un rato de reposo pero que a buen seguro no había conciliado el sueño; para atestiguarlo aún más, un cenicero rebosante de colillas de todos los tamaños, apagadas como con saña algunas y dejadas consumir no pocas, estaba sobre la mesilla, aún con la lámpara encendida, junto

con varios libros y numerosas cuartillas a medio escribir o emborrionadas, algunas de las cuales se desperdigaban también por el suelo, encima de la alfombrilla o bajo la cama.

Carlos Sonseca, arzobispo de Santiago de Compostela en España, cardenal de la Iglesia Católica, hacía girar entre los dedos de su mano izquierda el enésimo cigarrillo que había encendido en las últimas doce horas, de vez en vez se lo llevaba a los labios y aspiraba una bocanada de humo que de inmediato expelía sin tragar y sin saborear; tenía la boca y la garganta estragadas de tanto fumar y aquel acto era ya un automatismo más que un verdadero deseo de disfrutar con el tabaco; y el café que tenía junto a su mano derecha se había quedado frío e intragable, con la taza medio llena. Retiró la vista del paisaje para mirar el reloj de oro que adornaba su muñeca: aún faltaban casi dos horas para el acto, que se le iban a hacer eternas aunque a la vez hubiese querido detener el tiempo.

Estrujó el pitillo en el cenicero de alabastro vetado que tenía en el alféizar de la ventana y asió con fuerza la cruz pectoral que colgaba de una cadena de plata desde su cuello. En ese momento era el único signo visible que lo identificaba como miembro de la jerarquía eclesiástica. Por la noche, al entrar en la habitación con su nombre en la recia puerta cuartelada, se había despojado de la ropa talar que vistió durante el resto del día, la colocó con cuidado aprendido de años en las perchas del vestidor y se puso unas prendas más cómodas: un pantalón al que le clareaban las rodilleras y se le deshilachaban los bajos, una camisa blanca con sus iniciales bordadas en el bolsillo de la pechera y un jersey de lana fina que terminó también por quitarse ante la cálida temperatura del cuarto. Pero se volvió a colgar la cruz.

Aquella cruz no era una lujosa pieza de orfebrería; apenas unos relieves geométricos, pequeñas volutas y las letras alfa y omega, resaltaban sobre la superficie plateada; seguramente el rolex de oro de su muñeca izquierda valía diez veces más que cruz y cadena reunidas. Pero era, junto con el anillo que engarzaba una pequeña amatista en su dedo, el símbolo de su consagración episcopal hacía ya, ¡Dios mío!, veinticinco años, por Su Santidad Juan Pablo IV. Cruz y anillo fueron un regalo de sus feligreses de la diócesis de Orense, su primer destino como sucesor de los apóstoles en la entonces maltrecha Iglesia Católi-

ca que se debatía entre temores milenaristas, lejos ya de la estricta cronología del milenio, y amenazas apocalípticas muy reales.

El gesto de coger la cruz entre los dedos y alternativamente apretarla o acariciar con suavidad sus bordes, se había convertido para el cardenal Sonseca en un ademán estereotipado que se acompañaba de un cerrar los párpados en actitud de meditación y que se repetía cada vez con más frecuencia desde su ascensión, cinco años antes, a la dignidad de arzobispo de Santiago de Compostela y, dadas las permanentes circunstancias, Primado de España.

Unas circunstancias que seguramente ya no cambiarían nunca o al menos por muchas generaciones. Las mismas que habían convertido a Nueva York en el nuevo Vaticano, la catedral de San Patricio en el nuevo San Pedro, y aquel recinto de la universidad católica de Georgetown, a las afueras de Washington, en el lugar destinado para la elección de un nuevo Papa tras la muerte del anterior, Su Santidad Pío XIII, fallecido el día 1 de marzo en su residencia de la avenida Madison con la calle 57, a muy corta distancia de la espalda de San Patricio y en pleno centro de Manhattan.

Pío XIII había gobernado la Iglesia Católica durante casi diez años y era el tercer pontífice del “destierro” neoyorquino. Nacido en Hungría medio siglo antes del comienzo de la Gran Crisis, Attila Tzor había sido arzobispo de Budapest, luego cardenal y sirvió más de una década en la Secretaría de Estado de su predecesor Clemente XV. Su vida no fue nunca fácil desde el año aciago en que tuvo que abandonar precipitadamente su sede episcopal cuando la marea musulmana llegó al Danubio como lo hiciera seis siglos antes. Se refugió en Viena, luego pasó a Italia, a Roma, donde León XIV, el último Papa romano de la nueva era, le confirmó en su puesto, si bien ahora como obispo *in partibus infidelium*, “en tierra de infieles”. La vieja catedral de San Esteban en Pest, quedaba ya muy lejos; había sido durante centurias uno de los bastiones más orientales de la catolicidad; había sufrido intentos de convertirla en museo o, simplemente, de derribarla durante la dominación comunista que Hungría soportó más de cuatro décadas durante el siglo XX; y permaneció enhiesta mucho después, cuando la Europa de finales de aquel agitado siglo creyó vanidosa que se había

asentado un nuevo orden mundial sin imaginar ni prepararse para lo que estaba por venir. Y ahora San Esteban, desacralizada in extremis, como tantas iglesias, era la mezquita mayor de Budapest.

Attile Tzor jamás olvidó Budapest y lloró, al igual que muchos católicos, clérigos o laicos, creyentes con más o menos fortaleza de fe, cuando se firmaron los Tratados de Washington en virtud de los cuales Europa quedó dividida en un sur musulmán y un norte cristiano, con unos límites casi trazados a cordel sobre los mapas en las mesas de los negociadores. Las Naciones Unidas se declaraban valedoras de los acuerdos y todos los países de un lado y otro reconocían la intangibilidad de las nuevas fronteras y renunciaban a la agresión mutua. «Nunca más la guerra será un medio de enfrentamiento entre dos culturas que han alcanzado por su expansión y vitalidad naturales sus máximos límites geográficos», según rezaba el artículo 25 de los Tratados. Por fin se había dejado caer sobre el escenario de Europa el *te-lón de terciopelo* que vaticinara años atrás un estudioso de la historia y de su filosofía.

Roma seguía siendo por veneración, pero sólo en la teoría y en el timbrado de los documentos pontificios, la cabeza de la Iglesia. Gobernada en lo espiritual por un vicario del Papa, su verdadero obispo en la tradición más que bimilenaria de la Iglesia Católica, había sido abandonada por toda la curia y por la gran mayoría de los organismos y congregaciones religiosas que llenaban antes no sólo el minúsculo Estado Vaticano, sino buena parte de las calles y principales edificios de la ciudad que durante siglos recibió el apelativo de Eterna. Perdidas sus connotaciones religiosas, Roma seguía siendo, sí, una ciudad importante en lo civil, todavía la capital administrativa del Estado italiano, segado a pocos kilómetros al sur, en el paralelo geográfico de Salerno, por una de aquellas líneas dibujadas en los despachos de Washington por políticos y asesores militares muy sabios, muy pragmáticos, muy deseosos de una paz también eterna, pero hueros de conciencia histórica aunque estaban dando otra vuelta de tuerca a la historia.

Mucho después, como miembro destacado de la Secretaría de Estado, Attile Tzor viajó por toda Europa y estuvo varias veces en Roma. Recorrió sus calles, aparentemente tan alegres y vivarachas como siempre, porque el gozo de vivir de los romanos no parecía haber decaído;

eran más de veintiocho siglos en la sangre y en los genes viendo nacer y morir imperios, glorias y miserias, vanidades y humillaciones; mucho tiempo para extrañarse de nada y menos para ahogar la alegría de sentirse vivos entre los restos decrepitos del pasado. Attile rezó entonces en Letrán y en San Pablo Extramuros y en Santa María y, sobre todo, rezó en San Pedro, empequeñecido como un insecto bajo la descomunal bóveda de Miguel Ángel que parecía clamar al cielo tomando sobre sus piedras y las teselas de su mosaico el grito silencioso de tantos seres humanos. Y bajó a la cripta donde los huesos de cien papas hacen guardia a los del pescador Pedro. Pedro se asentó en la Roma del Imperio por ser la capital del mundo, aunque ese mundo fuese entonces hostil a su mensaje; y el nuevo Pedro lo había hecho en la nueva capital del nuevo Imperio, esa Nueva York no menos amedrentadora para quienes acudían allí desde todos los rincones de la tierra buscando aunque fuese sólo un rescoldo del poder, pero también el mejor altavoz para cualquier propuesta, para cualquier idea con vocación de hacerse universal.

Attile visitó asimismo Francia que ya apenas se asomaba al Mediterráneo por un rincón de la vieja Occitania; y Viena, donde dejaba que sus ojos depositasen con la mirada una parte del alma en las aguas del Danubio para que éstas la transportaran hasta aquel pedazo de su cauce, río abajo, que cruzaba Budapest; y por unos instantes, los que pudieran transcurrir entre dos parpadeos, se imaginaba cruzando el puente de las Cadenas, abrigado hasta las cejas en el invierno húngaro o gozando del sol en su apacible verano, camino a pie de las calles que desembocaban en la plaza de San Esteban, oyendo quizá el armonioso sonar de una cítara tañida por un músico ambulante y harapiento que simulaba estar ajeno a las monedas que los viandantes dejaban caer en una mugrienta caja de puros colocada a sus pies.

Las consignas dictadas por Su Santidad Clemente XV y que él debía transmitir a todos los prelados con los que se entrevistase eran claras pero duras y difíciles de asumir aun con el voto de obediencia de su condición clerical. Paz como principio de conducta cívica, y tolerancia como principio de conducta moral. Ninguna palabra más alta que la otra desde los púlpitos de unas iglesias casi vacías de fieles; machaconería en la predicación de la tolerancia hacia cualquier otra creencia,

tan válida como la cristiana para la salvación, y mucho más la musulmana con quien la Providencia nos había hecho compartir el viejo mundo. Los muftís del otro lado, había que recalcar, estaban haciendo una labor similar entre los seguidores de Alá y de Mahoma su profeta. Aquí paz y después gloria según una frase que escuchó una vez a un clérigo español y que parecía sintetizar el espíritu deseado para el tercer milenio.

Attila Tzor cumplió su encargo con lealtad al papa de Nueva York; dijo siempre y en todo lugar justo lo que se le había mandado decir, sin salirse un ápice del guión elaborado al otro lado del Atlántico. Pero además de boca para hablar tenía oídos para oír y ojos para ver y no le era posible cerrar unos y otros aunque hubiese querido y de hecho muchas veces lo deseó; pero no podía ni como hombre ni en el fondo como sucesor de los apóstoles. Y hubo de ver y escuchar muchas cosas en el curso de sus viajes y en las entrevistas oficiales que mantuvo durante ellos, además de las que por el orden sacerdotal oyó en el secreto de la confesión que le solicitaban allí por donde iba y al que no tenía derecho ni excusa para negarse.

Supo entonces que la Iglesia no iba a sobrevivir por mucho tiempo porque estaba corrompida por dentro, en sus estructuras más íntimas, por un cáncer que si no era de ahora, si ya tenía sus orígenes hacía muchos años, se diseminaba en esos momentos como un fuego al que un vendaval no apaga sino que da bríos y estimula hasta convertirlo en un incendio. Ese mal que transformaba el cuerpo de la Iglesia en un sepulcro blanqueado, por utilizar las palabras que el mismo Cristo dedicó a los fariseos de su tiempo, era una serie de organizaciones nacidas al amparo de la propia institución y que mostrando una cara de religiosidad ocultaban un fondo de intereses espurios que nada tenían que ver con el auténtico espíritu; fariseos también que dejaban en mantillas a los que Cristo fustigó. Y a la cabeza de todos ellos la Fraternidad de la Acción Divina.

Fundada en el siglo XX, constituía una verdadera secta dentro de la Iglesia. Sus miembros, al amparo de ésta, procuraban el medro personal y el de la Institución. Su interés primordial era conseguir el poder en todas sus facetas: económico, político, social. Los había clérigos y laicos, siendo estos últimos los que infiltraban la sociedad en cada uno

de los puestos clave desde donde se dirige. Poseedores ya en el siglo de su fundación de unas riquezas inmensas y ligados entre sí por vínculos de clientelismo y de obediencia ciega que más de una vez se habían comparado con los de una mafia o la masonería, se mostraban inatacables bloqueando desde su inicio cualquier atisbo de desenmascararlos en sus intenciones y métodos. Aún durante un tiempo estuvieron señalados y bajo sospecha, pero cuando años antes de la Gran Crisis la Iglesia pasó por uno de los momentos más delicados en su estructura puramente terrenal, con la amenaza de un derrumbamiento ante el mundo por culpa de un colosal escándalo financiero en el que estaban implicadas las más altas jerarquías, la Fraternidad tapó el agujero que parecía inabarcable con un aporte masivo de dinero contante y sonante sacado a toda prisa de sus propias arcas.

Aquello fue un golpe de suerte pero también una jugada maestra. Desde entonces el papado vivió hipotecado, y nunca mejor dicho, por una jerarquía paralela que a partir de ese momento hizo y deshizo cuanto le vino en gana. La Fraternidad alcanzó un estatus que le permitía actuar al margen de los cauces habituales y seculares de disciplina eclesiástica; manejó sus asuntos como quiso e intervino de manera muy activa en los del resto de la iglesia. Al exterior se presentaba como una institución ejemplar, defensora a ultranza de la Santa Sede y de cuantos valores espirituales representaba la Iglesia de Pedro. Hacían ostentación de una apariencia de virtud, muy especialmente en lo referente a la castidad y a la morigeración en la conducta sexual, pero en sus adentros eran unos crueles déspotas con quienes no pertenecían a la secta, y vulneraban mil veces cada uno de los diez mandamientos. Mas, dueños de un impresionante y eficazísimo sistema de propaganda y sabedores de tener al resto de la Iglesia, o a su mayor y más decisiva porción, cogida por el cuello, habían conseguido que el común de los creyentes los considerase como ejemplos vivos de catolicidad.

La Gran Crisis no alteró demasiado el funcionamiento de la Fraternidad; al contrario, tras algunos ajustes más relacionados con la nueva situación geográfica que con el trastrueque social que aquella supuso, la Fraternidad de la Acción Divina salió robustecida del cataclismo. En realidad era una gran organización de poder y éste siempre sale a flote; es

cuestión de establecer nuevos pactos, nuevos acuerdos para repartirse una tajada que aunque en dos trozos seguía estando sobre el plato.

Attile Tzor conocía a la Fraternidad desde siempre, había convivido con muchos de sus componentes en los distintos puestos que ocupó en su vida de hombre de la Iglesia; había procurado mantenerse al margen de sus influencias y hasta había polemizado abiertamente con ellos. También era consciente del creciente poder que iba adquiriendo en el seno del mundo católico y en los centros de decisión que regían la Iglesia. El papa Clemente XV, sin ser miembro de la Fraternidad, estaba rodeado en todos los dicasterios, los “ministerios” pontificios, de hermanos de la secta que interferían en sus decisiones o, sencillamente, se las dictaban. ¿Por qué, entonces, le había elegido a él para ser su embajador, sus ojos y sus oídos, en aquellos viajes a la Europa dividida por el telón de terciopelo?

Por donde quiera que iba encontraba a la Fraternidad o a sus adula-dores en los sitiales privilegiados. Con ellos su misión, tal y como le fue encomendada en el moderno despacho papal de la avenida Madison, era fácil. La paz, la tolerancia, el diálogo son las mejores armas para los negocios y entendidas de una forma *sui generis*, con el ardid de la hipocresía, para mantener el poder sobre una masa ignorante. En la mayor parte de Europa las sedes episcopales estaban regidas en ese tiempo por miembros de la Fraternidad y en todas ellas los consejos papales eran acogidos con beneplácito y con una sonrisa en los rostros de sus ocupantes que quería significar un «no hay ni que decirlo, en eso estamos».

Pero pronto el observador Attile vislumbró algunas disonancias en aquel aparente concierto armónico. No todos pensaban igual. Adivinó algunos rescoldos de rebeldía que, sin embargo, se mantenían generalmente entre las cenizas, esperando su momento, el soplo que los avivara frente al otro incendio dominante.

Aquí y allá, casi a escondidas o de modo enteramente clandestino, pero no por eso invisible a la sagacidad del enviado pontificio, algunos preladados de sedes menores, o representantes de órdenes monásticas de aparentemente poca vitalidad, vivían una religiosidad diferente. Estaban muy dispersos y sólo de vez en cuando tenían acceso al contacto directo, íntimo y discreto con él. Sólo en un lugar parecían tener ma-

yor presencia tanto por su número como, según podría comprobar, por su calidad: en España o, mejor dicho, en la Federación de Estados Ibéricos en que se había transformado tras la Gran Crisis el antiguo reino de España, ahora reducido a la zona peninsular situada al norte de la cordillera Central y de las estribaciones orientales del Sistema Ibérico.

El extremo noroccidental de esa península es el rincón más a trasmano del mundo, como lo describiría uno de sus interlocutores, y sin embargo ha atraído desde los albores de la humanidad a muchos hombres y mujeres del resto de los pueblos de la tierra; unos llegaron en son de guerra, otros de exploración, pero muchos más todavía buscando un misterio que desde allí parece actuar de imán para espíritus inquietos encerrados en cuerpos andariegos. Cualquiera que estudie los grandes movimientos humanos en la historia quizá se asombre al constatar que una mayoría han seguido una dirección de este a oeste, como si una extraña y quizá mágica inercia hubiese obligado a los seres humanos a ir en contra de la rotación terrestre y en aparente seguimiento del camino que el sol parece recorrer sobre el horizonte. Con pequeñas excepciones el hombre ha ido siempre persiguiendo el sol hacia el poniente, quizá con el deseo de no perder su luz en cada ocaso y de renacer con él en cada amanecer. Lo cierto es que hasta ese rincón que los antiguos llamaron Finisterre han acudido siempre gentes de ánimo curioso y alma inquieta. Lo que allí, en aquel punto final, se esconda ha podido recibir muchos nombres a lo largo de los tiempos, pero aun por encima de sus contenidos más materiales, el oro de sus ríos, la estrategia de sus costas, el valor militar de sus hombres, siempre ha sobrevolado un misterio dirigido hacia lo más hondo del alma; es una región mágica que esconde entre sus cuatro elementos, aire, tierra, agua y fuego, o en la combinación de todos ellos, un algo vedado a los más y reservado a un puñado de elegidos en cada momento.

Attile Tzor no hubiese pisado esa tierra tan fuera de los itinerarios de su tiempo si no le hubiera movido a ello una íntima curiosidad por conocer a unos siervos de Dios arrinconados en aquel fondo de saco marginal y de cuyas extravagancias le habían llegado rumores que los tildaban de casi heréticos si no por completo fuera de la ortodoxia de la Iglesia. Tras muchos meses en Europa no podía regresar a Nueva

York sin inquirir lo que se cocía en uno de los lugares que, pese a todo, contaba con una de las más ricas tradiciones cristianas de la historia. La uniformidad, la estandarización se decía ahora con la jerga anglo-parlante que dominaba los discursos de la Iglesia, en el culto y en todas las manifestaciones externas de la religiosidad, era una norma fundamental para mostrar unidad frente a otro credo, el musulmán, que se asomaba materialmente a pocos metros de la cristiandad. Y al parecer, en aquella excéntrica Galicia española no se respetaba esa norma, por lo menos entre algunos de los cristianos de a pie e incluso de los preladados que más estaban obligados a cumplirla y a hacerla cumplir.

El núcleo principal de la anomalía, según supo a través de varios informadores, radicaba en la diócesis de Orense, una sede episcopal de segunda categoría ocupada desde hacía muchos años por un obispo que, si llegó relativamente joven a la dignidad, se iba haciendo mayor sin posibilidades de alcanzar ninguna promoción en el rígido estamento eclesiástico donde cada ascenso era visado por un ingente número de clérigos de despacho en la curia vaticana antes de ser propuesto al dicasterio correspondiente y por éste al Papa. Aquel obispo, declarado en las fuentes de donde mana el poder como “a extinguir en su sede”, se llamaba Carlos Sonseca.

El anuncio de la visita del legado pontificio se le hizo al obispo con apenas cuarenta y ocho horas de antelación, las justas para que monseñor Tzor se trasladase inopinadamente desde Burdeos donde estaba previsto el fin de su periplo europeo. Era como si se hubiese querido pillar a Sonseca en algún renuncio, encontrarlo entregado a alguna práctica heterodoxa y sin tiempo para enmendar su postura ante el egregio visitante. Sin duda los urdidores del brusco encuentro entre los dos hombres tenían peor información que intenciones.

Carlos Sonseca, un cincuentón que conservaba todo el pelo negro sin más que unas pocas canas entreverando tenuemente las sienes y una mirada aún más joven, viva, penetrante y con un levísimo deje interrogador que no se preocupaba en absoluto por disimular, esperaba de pie, con el escueto cortejo de los tres únicos canónigos que quedaban del cabildo, revestido con los ornamentos de su grado, a los pies de la breve escalinata de acceso a la puerta meridional de la catedral de

San Martín en la Plaza del Trigo. Se había levantado aire que presagiaba tormenta, el aire olía a lluvia y en el suelo se formaban remolinos de papelillos y pajuelas secas allí donde el viento no encontraba una salida; en los soportales de un lado y en las ventanas de los otros dos de la plaza algunas personas curiosas se habían situado para contemplar el extraño espectáculo de su obispo con mitra, casulla bordada en oro y báculo reluciente, a las puertas de la catedral sin que fuese día de fiesta religiosa solemne y pregonada.

El coche negro, con el escudo papal de la tiara y las llaves pintado como un pequeño adorno en las portezuelas delanteras, había callejeado con dificultad desde la carretera general hasta lo alto de la ciudad donde se encuentra la catedral; la habilidad del conductor consiguió solventar las esquinas guarnecidas de guardacantones de piedra sin que sufriese la integridad del vehículo que, salvo el polvo de un largo camino de muchos kilómetros, se adivinaba reluciente y cuidado con el esmero que sólo los choferes profesionales saben dar a la carrocería de un coche.

Attile Tzor descendió del vehículo sin esperar a que el sacerdote de impoluta sotana y ancho alzacuello que le servía de secretario y que viajaba en el asiento delantero se apease para abrirle protocolaria y respetuosamente la puerta. Sonseca sonrió y se adelantó los pocos pasos que le separaban del coche de su visitante mientras extendía la mano derecha para estrechar la del otro que aún no había hecho ningún gesto de saludo. El húngaro tuvo un momento de sorpresa al ver ante él a aquel obispo revestido como para una misa solemne o para una procesión. No estaba acostumbrado a estos recibimientos; sus otros visitados, muchos incluso cardenales y desde luego arzobispos de sedes metropolitanas de primera categoría, le habían recibido siempre con ropaje clerical “de diario”, sotana unos pocos, traje oscuro con alzacuello los más, sin que hubiese faltado quien sólo identificara su condición de clérigo con una pequeña cruz en el ojal de la solapa de sus bien cortadas chaquetas como las que podía vestir cualquier ejecutivo de una empresa. Los ornamentos estaban, si es que estaban, en los museos diocesanos de cada ciudad y sólo unos pocos, desde luego no los más vistosos, en las cajoneras de las sacristías en disposición de ser utilizados si acaso una o dos veces al año. Pero ahora tenía allí a un

obispo, “un obispillo”, hubiese dicho alguien en los corredores de Nueva York, con las galas que la Iglesia reserva para sus preladados cuando han de presentarse ante el pueblo de Dios haciendo ostentación de su investidura sagrada y de la autoridad que de ella deriva.

Superado el fugaz instante de desconcierto, Tzor se apresuró a estrechar la mano que le brindaba Sonseca. El obispo Sonseca, aun sin el añadido de la mitra en la que estaban primorosamente bordados con hilo de oro dos ángeles sosteniendo un cáliz, era algo más alto que él, no muy corpulento, de rostro surcado de finas arrugas que circundaban los ojos y las comisuras de los labios y se extendían lineales por la amplia frente, como las que se desarrollan en alguien que sonríe pero también en alguien que medita con los ojos y el ceño fruncidos, entreviendo un más allá que está a punto de alcanzar.

Tzor había saludado a una infinidad de personas en su vida y había estrechado millones de manos de hombres y mujeres de toda edad y condición; incluso en su faceta de obispo había preferido siempre ese saludo al ritual de que los fieles o sus subordinados le besasen el anillo. Había llegado a considerar aquel contacto físico como esencial para comenzar a conocer a quien se acercaba a él en cualquier circunstancia; creía poder adivinar por la forma en que el otro alargaba la mano y, sobre todo, por la energía con que apretaba la suya, una parte importante del carácter de las personas, a veces una parte que luego la conversación trataba de disimular o encubrir de mil maneras; pero la espontaneidad del gesto de saludo le decía a su instinto mucho más que un tropel de palabras. Conocía el contacto blando, mortecino, de los pusilánimes y de los taimados, el húmedo de los tímidos y reservados, en los dos casos individuos siempre de poco fiar; el breve, huidizo, de quien tiene algo que ocultar e intuye, también él, que por la mano se le ha de escapar un ápice de su secreto cuando por eso mismo ya se ha delatado a las agudas dotes de observador de alguien como Tzor. Y sabía reconocer al instante la entereza de carácter, de voluntad y hasta de espíritu del que mantiene firmemente el apretón a la vez que mira fijamente a los ojos: «sin perder la cara al otro y mostrando que se está donde se debe estar y sin doblez», pensaba Attile que se alegraba cuando notaba su mano y sus dedos ceñidos de aquella forma que él siempre devolvía en un tácito acuerdo de principios.

Por eso le agradó el saludo de Sonseca. Aquel hombre del que no tenía sino vagas referencias y estas pocas no muy halagüeñas no era, desde luego, un sujeto corriente entre la abigarrada grey que pastoreaba el papa de Nueva York y que él estaba poco a poco catalogando para su informe final al regreso a orillas del Hudson, la nueva Roma. En Sonseca, que le miraba sonriente, había algo que de pronto se le hizo urgente averiguar y no se iría de allí sin lograrlo, por más que el obispo, de esto estaba convencido Tzor, no iba a tratar de ocultar nada.

Sonseca separó sus ojos de los de Attile para mirar el cielo encapotado que cubría la ciudad; hizo un gesto de resignación y, girando noventa grados sobre sus pies, inclinó ligeramente el báculo señalando la puerta de la catedral invitando a entrar a los que ya formaban un pequeño grupo alrededor suyo y del insigne visitante. A la vez que un trueno retumbaba al otro lado de la ciudad tras un relámpago que apenas se adivinó desde donde ellos estaban, unos gruesos goterones comenzaron a caer como preludio de un fuerte aguacero. La corta comitiva apresuró el paso y en un instante estaba a resguardo dentro de la iglesia.

Los dos hombres, seguidos en silencio por el resto de los clérigos, los canónigos y el sacerdote secretario, cruzaron la nave en la que unas cuantas lámparas eléctricas intentaban sin demasiado éxito romper la penumbra que se veía acentuada por la grisácea luz filtrada desde el cielo anubarrado a través de las altas vidrieras. Llegaron al presbiterio del altar mayor y todos se postraron para rezar unos momentos. Tzor parecía el menos ensimismado en la oración y sus ojos exploraban los detalles del lugar. El retablo con escenas de la vida de Cristo talladas en madera ricamente policromada espejeaba en sus dorados. A su derecha, en el muro, un sepulcro bellamente labrado llamó poderosamente su atención. Sepulturas parecidas las hay y él las había visto en cientos de templos, pero de aquella filigrana gótica parecía desprenderse un especial atractivo; quizá las figuras representadas en las arquivoltas que envuelven el arca y que celebran una misteriosa ceremonia litúrgica con numerosos clérigos turiferarios alrededor de una maravillosa imagen de la Virgen ofreciendo el pecho al Niño Jesús que mantiene en su regazo; quizá las que adornan el frente con escenas funerales y sepulturas que se abren en un atisbo del Juicio Final; quizá el

conjunto de blanca piedra en contraste con la ennegrecida pared en que se enmarca, sujetado por dos leones que vuelven la cabeza sorprendidos hacia la figura yacente. Sonseca abrió los párpados y sorprendió a Tzor en la absorta contemplación sintiéndose obligado a actuar de cicerone.

—Ése es el sepulcro del *obispo desconocido*. Jamás fue utilizado desde el momento de su construcción hace más de ochocientos años.

Ante el gesto de sorpresa del otro, continuó mientras se incorporaba del reclinatorio tapizado de raso rojo raído en algunos puntos por el uso.

—No hay documento alguno que nos diga para quién fue construido, pero sí constancia de que nunca se sepultó a nadie en él. Una tradición oral habla de que su destinatario fue un obispo que murió lejos de esta sede y yace en el lugar de su fallecimiento, quién sabe dónde. Otra, menos creíble —y al decir esto miró con atención a la cara de Attile, como intentando adivinar el efecto de sus palabras—, dice que ese obispo desconocido aún no ha muerto y que su tumba lo espera vacía hasta ese momento, porque es posible que incluso ni siquiera haya nacido todavía. Leyendas de esta tierra, monseñor; por aquí no hay un solo rincón donde no se cuente alguna en la que se borran los límites entre la vida y la muerte; lo debe de dar el clima o el paisaje o la sangre.

Luego Sonseca le hizo recorrer las naves laterales, con más sepulcros episcopales empotrados en el muro, hasta alcanzar la puerta occidental, la que se abre a la rúa de San Martín. Allí se encuentra una de las más grandes maravillas del arte religioso español. En efecto, el Pórtico de la Gloria no desmerece de su homónimo compostelano y aunque con menos figuras que éste le aventaja en que conserva gran parte de su policromía original. A un lado el Juicio Final, al otro un asombroso muestrario de apóstoles y profetas, cada uno con una cartela en la mano con su nombre escrito, y en el centro, con Santiago armado de espada y con un libro presidiéndolos, los veinticuatro ancianos apocalípticos.

Attile no pudo sino admirar la joya de piedra al pasar bajo sus arcadas y así se lo dijo a su compañero que le respondió mientras abarcaba con un movimiento de mano el conjunto.

—Y como siempre en estos casos, monseñor, el símbolo es más im-

portante que la obra puramente artística. Hacen falta muchas horas y un estado de ánimo especial para entenderlo, pero es así.

Enseguida pasaron a la cercana sacristía donde Carlos Sonseca se despojó con cuidada meticulosidad de sus ornamentos episcopales con la ayuda de uno de los canónigos, un hombre viejo, calvo, de rasgos poco agraciados y de una palidez enfermiza en toda su piel. Attila asistía a todo aquel ritual con una creciente impaciencia pero sin perder de vista cada uno de los movimientos de Sonseca hasta que éste quedó sólo con la sotana colocándose al cuello una sencilla cruz pectoral de plata. Al hacerlo se fijó Tzor en que los dedos de la mano izquierda del obispo estaban marcados del inconfundible tizne amarillo de la nicotina. «Vaya, pensó, un rasgo este de fumador empedernido que parece poco acorde con la prestancia que hasta ese momento marcaba toda su figura, humanos somos». Y ese detalle pareció que apeaba un poco al clérigo gallego del pedestal en el que sin quererlo ni darse cuenta lo había colocado desde el mismo momento en que lo vio ante sí al pie de la escalinata.

Por una puerta lateral de madera noble y vieja, labrada con motivos florales, entraron a las dependencias que servían a Sonseca de despacho cuando no utilizaba el del edificio del palacio episcopal aledaño a la catedral. El aposento estaba acondicionado con muebles modernos y cómodos, nada de asientos frailunos, candelabros ni cosas por el estilo. Un amplio tresillo y dos butacas que se adivinaban mullidas rodeaban una mesa baja de cristal con algunos periódicos amontonados en un extremo, dos ceniceros de cerámica y, en la repisa, una tabaquera de mediano tamaño en cuero repujado. Un poco más allá otra mesa, ésta de trabajo, mostraba varios rimeros de documentos, sobres cuidadosamente abiertos con una plegadera que reposaba junto a ellos, un instrumento metálico que era como una miniatura de un mandoble medieval; una mesita auxiliar servía de acomodo a un ordenador en cuyo cuadrado ojo de cristal bailaba de un lado a otro cambiando de color a cada movimiento el texto usado como salvapantallas: *Carpe diem*. Un equipo de música en algún rincón dejaba oír muy tenuemente las notas del *Réquiem* de Mozart.

Hasta ese momento entre los dos hombres sólo se habían cruzado unas pocas palabras de protocolo y compromiso aparte de las explica-

ciones que Carlos había ido dando a su invitado sobre los detalles del templo. Hacía escasamente cuarenta y ocho horas que Sonseca recibió un escueto correo electrónico remitido desde Burdeos: «Ilustrísima: tengo el honor de comunicarle que el próximo jueves día 12 del presente mes de julio su Eminencia el cardenal Attile Tzor, legado especial de Su Santidad Clemente XV, girará visita a esa sede dentro de su misión apostólica en Europa. Su Eminencia me encarga le haga llegar su más encendido deseo de conocer cuantos detalles se le puedan facilitar sobre el estado de la diócesis. Atentamente, Francis Rowing, secretario».

El obispo Sonseca ya sabía, naturalmente, del viaje que desde hacía unos meses ocupaba a Tzor por Europa, e incluso esperaba, como todos los obispos españoles, que se desplazara a alguna de las sedes peninsulares, al menos a alguna principal como Barcelona, Zaragoza o, por supuesto, la primada de Santiago de Compostela donde un ya anciano arzobispo Eusebio Monturiol aguardaba ese detalle como signo de reconocimiento a su larga labor al frente de una Iglesia que había sufrido como ninguna otra los avatares de la Gran Crisis. Pero el viaje de Tzor se anunciaba próximo a su final; ya se hablaba de un retorno inminente a Nueva York, y de pronto cambiaba de rumbo y se presentaba en Orense «con encendido deseo de conocer el estado de la diócesis». Algo sonaba mal; el lenguaje vaticano, teñido desde hacía más de dos mil años de retórica diplomática, goteaba en esta ocasión demasiada hipocresía. Cuando Carlos Sonseca leyó el contenido del correo electrónico sólo suspiró mientras acariciaba con sus dedos la cruz de su pecho.

—A buen sitio vienes, Eminencia; no sé lo que de verdad querrás oír, pero vas a escuchar hasta lo que no quieres —musitó aunque no lo suficientemente bajo para que no escuchara el comentario un hombre vestido con negros hábitos monacales que estaba a su lado.

—Don Carlos —preguntó el que parecía monje—, ¿debemos hacer algún preparativo para la visita?, digo nosotros, en San Esteban.

—No, Manuel, no estará mucho tiempo aquí, quizá sólo unas horas y lo que haya de decirsele se lo diré yo. Que lo crea o no lo crea, que lo entienda o no, es algo que está fuera de nuestras manos. Tú vete a San Esteban y ya os contaré.

Ahora el importante Attile Tzor y el insignificante Carlos Sonseca

estaban frente a frente. Los dos notaban que entre ellos había surgido una corriente de cordialidad, de esas que nacen sin hablar, tan sólo por el cruce de unas miradas; *simpatía* llamaban a ese sentimiento los clásicos porque predispone a sentir juntos. Los altavoces lanzaban al aire de la habitación el fragmento *Lacrimosa* de la pieza mozartiana y envolvían el ambiente con un velo de relajación que invitaba al diálogo. El obispo señaló las butacas con un leve ademán de la cabeza y ambos hombres tomaron asiento; sus acompañantes se mantenían respetuosamente de pie y sólo Francis Rowing, el secretario del cardenal, se acercó a su superior a la vez que abría el portafolios marrón que hasta ese momento había transportado.

—Con el permiso de Su Eminencia —dijo de sopetón el obispo—, seguramente al padre Rowing le gustaría ver el resto de la catedral, hay aquí piezas muy valiosas y otras de gran devoción popular como el Cristo de las Angustias que dicen que está hecho con pelo humano.

Al cura americano le entró como un escalofrío y miró interrogador al cardenal.

—Y si lo desea— siguió Sonseca sin darse por enterado del apuro que estaba padeciendo el otro— le pueden acompañar a visitar la ciudad. Aquí cerca están Las Burgas, unos manantiales calientes que fueron termas romanas. Muy curioso. Y no se olvide de que le inviten estas gentes mías a comer algo en algún bar, ni de probar un albariño bien frío.

Rowing no sabía cómo salir de aquella situación y tampoco supo ver la sonrisa que se dibujó en el rostro de Tzor.

—Vaya, padre, vaya —dijo éste sacudiendo la mano en dirección a la puerta—. Ahora no le necesito, yo mismo tomaré notas si hace falta.

Aún dudó unos instantes el sacerdote pero por fin salió cuando el gesto de su superior se hizo más imperativo.

La música cesó y Sonseca se levantó para apagar el equipo que estaba oculto tras la mesa de trabajo. Volvió a la butaca y se inclinó para coger la cigarrera a la vez que dirigía una mirada de refilón a Tzor por ver si aprobaba su intención de fumar; éste asintió ampliando la sonrisa que aún mantenía desde que se dio cuenta del deseo de su interlocutor de que les dejaran solos.

—Por mí puede poner más música si lo desea; un buen fondo musical, si no distrae, es la mejor compañía de una charla entre amigos; en realidad, la única compañía deseable, ¿verdad, Sonseca? ¿Tiene algo de Händel?

—Por supuesto, ¿Le parece bien *El Mesías*?

—Maravilloso.

Las siguientes horas transcurrieron para aquellos dos hombres en una profunda conversación de la que, por el momento, nada trascendió fuera de las paredes del despacho y, desde luego, muy poco alcanzaría a conocer el padre Francis Rowing cuando, ya noche cerrada y hecho un manojo de nervios, con el estómago revuelto por aquella maldita comida española y la cabeza un poco vacilante por el no menos maldito vino, vio que se abría la puerta floreada y aparecían en su umbral Attile Tzor y Carlos Sonseca. Sus rostros eran serios pero ambos mostraban un hálito de serenidad; de dentro salían, apagadísimos, los acordes del *Omnis gentes* de Gabrieli.

La despedida fue rápida, casi apresurada por el horario, sin más que un nuevo apretón de manos en silencio. El chofer encarriló de nuevo el vehículo por las endiabladas callejas camino del puente que cruza el Miño.

Unos nudillos golpearon con suavidad la puerta de la habitación del cardenal Carlos Sonseca. Al no recibir respuesta, la llamada se repitió con un poco más de energía.

—Eminencia, la ceremonia comenzará en cuarenta y cinco minutos —dijo una voz desde el pasillo al que daban los cuartos de los cardenales.

Abrió los párpados que entre el sueño y la evocación de los recuerdos se le habían hecho cerrar a su pesar. La luz que entraba a borbotones por la ventana le hizo daño a los ojos que se habían acostumbrado a la oscuridad y tuvo que guiñarlos a medias hasta que se le acomodó la vista. Se llevó a los labios la taza pero la retiró nada más notar el contacto frío del café; aún tenía tiempo de pedir por el teléfono que subieran otro en condiciones que le ayudara a despejarse del todo. Cuando tomó esta segunda taza ya estaba de nuevo con la sotana ribeteada de rojo púrpura, el mismo color que su botonadura y la faja que se ciñó a

continuación. Hasta había tenido tiempo de darse una ducha templada y ahora se atusaba los cabellos que todavía poblaban densamente casi toda su cabeza aunque ya eran la mayoría blancos y escaseaban en la coronilla, justo donde tras un último repaso del peine se caló el solideo.

Al salir al pasillo coincidió con otros cardenales que abandonaban a la vez que él los dormitorios de aquella ala del edificio, el que en los días lectivos era residencia de los alumnos de Georgetown. Saludó a algunos, respondió con una inclinación de cabeza al buenos días de otros y caminó despacio por el corredor cuyos ventanales se asomaban a un gran patio central en el que varios lilos y un par de almendros sintonizaban los colores de sus pétalos brotados en las últimas semanas. Olía a la madera barnizada de los suelos y de las molduras de las cristalerías; también a almidón y, eso le hizo sonreír, a una mezcla de muy distintas aguas de colonia y de lociones para después del afeitado con que los purpurados habían concluido sus abluciones matutinas.

Conocía personalmente a muy pocos de todos aquellos hombres; a la mayoría los había visto en realidad por primera vez doce días antes, cuando se reunió el cónclave para elegir papa. Sus lugares de procedencia estaban diseminados por más de medio mundo; algunos estaban incluidos en la amplia y compleja burocracia del nuevo Vaticano, quizá el mayor de los grupos; otros regentaban diócesis en los cinco continentes; una buena porción, sin embargo, tenía como lengua materna el español, no en balde casi dos tercios de los fieles católicos vivían en el continente americano de raíces hispánicas. No obstante, de España sólo estaban él y el arzobispo de Barcelona, Lluís Blanch, a quien habían alojado en otro edificio, el de la facultad de ciencias políticas, situado al otro extremo del campus universitario, y sólo habían coincidido en las sucesivas reuniones para efectuar las votaciones y en la misa de Espíritu Santo con que dio comienzo el cónclave. Apenas sí habían tenido ocasión de intercambiar algunas frases de charla insustancial sobre el tiempo que hacía que no se veían o, muy someramente, de la situación política en su patria.

Todos caminaban con paso dispar hacia la amplia escalinata y los ascensores de puertas metálicas y luces parpadeantes; estaban en un tercer piso, demasiada altura para bajarla andando algunos cardenales cargados de años y achaques. Se iban formando grupos de dos o tres

que comentaban en voz más o menos susurrante los acontecimientos previstos para la jornada.

El día anterior, en la reunión de la tarde se había alcanzado por fin, tras casi dos semanas, la mayoría de votos para nombrar al sucesor de Pío XIII. El elegido fue André Lacoste, cardenal arzobispo de París, de setenta años de edad, miembro de la Fraternidad de la Acción Divina. Era bien conocido su talante irenista a ultranza, la paz sobre todo, el compromiso como única vía de comportamiento con los demás poderes civiles y religiosos que se repartían el mundo, el entender la labor de la Iglesia Católica en ese mundo como la de una institución social más que debía renunciar a cualquier conato de proselitismo procurando mantener el orden establecido dentro de ella según unos cánones inamovibles. En muchos de estos aspectos, el nuevo papa que había decidido tomar el nombre de Adriano VII, era un trasunto de Clemente XV y en bastantes se contraponía a su inmediato antecesor Pío XIII. La sucesión de los papas a lo largo de toda la historia de la Iglesia ha solido guardar esta especie de regla oscilatoria. Por otro lado, era el primer miembro de la Fraternidad que alcanzaba el solio pontificio y ello a pesar de la enorme influencia de ese movimiento en todos los escalones de la jerarquía eclesiástica desde hacía muchos años.

En su nombramiento, desde luego, había contado, y mucho, su pertenencia a la Fraternidad. Esta organización, que en su día consiguió de otros papas la beatificación y posterior canonización por el procedimiento de urgencia, absolutamente insólito en los hábitos de la Iglesia, de su fundador y de varios de sus más conspicuos socios, no era sólo un movimiento eclesial; sus conexiones con los resortes de poder político y económico universal eran un secreto a voces en todos los ámbitos de la sociedad cristiana practicante y en la mucho más numerosa que se declaraba incrédula o, dicho eufemísticamente, agnóstica. Los verdaderos regidores del poder, no siempre conocidos por el común de las gentes a ellos sometidas, ni ocupantes de grandes y lujosos despachos en las principales avenidas de las ciudades, necesitaban en ese momento una Iglesia sumisa aunque hubiese que regalar con prebendas de todo tipo, y las económicas no eran las menos importantes, a sus jefes. No se quería oír hablar otra vez de cruzadas religiosas como en alguna ocasión, muy al principio de su pontificado, se había

atrevido a sugerir el difunto Pío XIII, aquel Attila Tzor al que hubo que someter a un rígido control hasta en la intimidad de sus habitaciones durante casi una decena de años que se habían hecho muy largos, siempre acechantes a cualquier desliz verbal de un exótico húngaro que parecía soñar con una “nueva cristiandad” como si todavía predicara en el púlpito de Budapest.

Lacoste era como uno de los suyos, no en vano comenzó a sonar dentro de la curia cuando se hizo cargo de las finanzas de la Iglesia promoviendo en Estados Unidos la fundación del nuevo banco vaticano, heredero del I.O.R., el Instituto para Obras de la Religión que tantos avatares había sufrido desde los escándalos que lo salpicaron cuando todavía Roma era la cabeza de la Iglesia. Una vez organizada tal entidad financiera, que gestionaba más dinero y bienes de todo orden que cualquiera otra, y dejando sus riendas a personas de su máxima confianza y, por supuesto, de la Fraternidad, se movió otra vez hacia el camino pastoral y llegó en un tiempo increíblemente corto a ser nombrado arzobispo de París y cardenal.

Aquella tarde de primavera se había mantenido, como una reliquia, una concesión a un pasado que convendría ir olvidando: la vieja tradición de la *fumata blanca*. En la chimenea de uno de los salones aledaños al paraninfo de la universidad se habían quemado las papeletas de la última votación con paja seca para que por el tejado saliera la fumazola que anunciaba lo que poco después se proclamaría desde el pórtico de reminiscencias clasicistas del edificio universitario, utilizando, en otro arcaísmo, palabras latinas: *Nuntio vobis gaudium magnum. Habemus Papam. Eminentissimum et Reverendissimum Dominum André Lacoste, qui sibi nomen imposuit Adrianus Septimum*. Ese idioma más que bimilenario no debería sonar extraño en un recinto como la universidad de Georgetown fundada y regida por los jesuitas, pero aun así lo cierto es que un sacerdote que acompañaba al cardenal protodiácono, el encargado del acto, hubo de traducirlo a los varios centenares de personas que aguardaban en el césped y entre los árboles que rodean el paraninfo y a las cámaras de televisión y micrófonos de radio que se abalanzaron sobre los escalones de granito en donde estaban los clérigos. En ese mismo instante el mundo entero conoció en directo quién sería el nuevo pastor espiritual de casi mil quinientos millones de personas.

Los cardenales iban ahora a celebrar una ceremonia que, aunque también recogida en la tradición de las elecciones papales, se había ido transformando desde hacía al menos cuatro pontificados. Se acercaría al papa y le manifestarían su acatamiento arrodillándose ante él recibiendo a cambio un simulacro, apenas un ademán, de abrazo por su parte. Luego todos formarían el cortejo con el que el Santo Padre saldría al exterior para ser ovacionado por el pueblo e iniciar el viaje de retorno a Nueva York donde, desde la catedral de San Patricio, impartiría su primera bendición *Urbi et Orbi*, “a la ciudad y al mundo”, unas palabras sagradas que durante siglos resonaron en la plaza de San Pedro de Roma ante miles de peregrinos y que ahora se diluirían entre el rumor colmenario de la urbe norteamericana, ajena en un gran porcentaje de sus habitantes a lo que estaba sucediendo en aquel preciso lugar del multirracial Manhattan.

Carlos Sonseca caminaba despacio; le pesaban los pies pero todavía más le pesaban la conciencia y los recuerdos. Desde luego, su voto no había sido en ninguna de las sesiones del cónclave para el cardenal Lacoste; tampoco el de muchos otros, al menos al principio, pues habían sido necesarias doce votaciones para obtener un resultado canónicamente válido: la mitad más uno de los cardenales allí reunidos según las disposiciones que estableció muchos años atrás Juan Pablo II, quien modificó la mayoría anteriormente requerida de los dos tercios. Mas una vez proclamada la elección no le quedaba otro remedio que acatar la decisión, dictada, según era dogma de fe, por el propio Espíritu Santo, y prestar obediencia al nuevo sucesor de Pedro.

No obstante, en su interior se debatía la duda de si en aquella ocasión la voluntad de los electores no había estado demasiado mediatizada por otros intereses muy distintos a los que hubiesen provenido de las alturas celestiales. Muchos cardenales llegaron al cónclave aleccionados por los poderosos *lobbies* que nada tenían que ver con el régimen interno de la Iglesia. Por otra parte, la rigidez de aislamiento que siempre caracterizó estas decisivas reuniones cardenalicias se había relajado extraordinariamente con el cambio de los tiempos, la declaración de obsoletas de tantas costumbres ancestrales y, sobre todo, los sofisticados sistemas de comunicación existentes que podían salvar cualquier distancia, cualquier muro por alto y espeso que fuera y hasta

cualquier verdadero deseo de soledad y recogimiento. Durante toda la duración del cónclave funcionaron sin descanso muchos teléfonos y la red de Internet que no conoce puertas ni llaves y que convierte la propia palabra cónclave en un arcaísmo para eruditos del lenguaje. Las presiones, o los consejos sombreados de apercebimientos no muy espirituales, no dejaron de llegar a los indecisos por esas vías de modo que en las dos últimas jornadas el voto disperso se había ido decantando hacia el cardenal de París.

Por la memoria de Sonseca volvieron a discurrir, como en la reciente noche pasada en blanco, los recuerdos que ahora le mortificaban; eran como flashes de una película vista hacía tiempo pero que en este momento adquirirían nueva realidad hasta convertirse en una atosigante vivencia.

Al poco de ascender Pío XIII al Solio Pontificio falleció el arzobispo Monturiol en Santiago de Compostela. El papa designó en uno de sus primeros decretos al obispo de Orense Carlos Sonseca como nuevo titular de la sede primada de España. La decisión causó gran extrañeza y no pocos recelos entre los otros prelados españoles que se creían, y quizá lo estuvieran en muchos sentidos, mejor situados para lograr esa sucesión jerárquica; no en vano las relaciones de muchos de ellos con la Santa Sede de Nueva York habían sido y seguían siendo de la máxima confianza. Se quiso entender entonces que en el designio papal había influido el deseo de mantener la diócesis compostelana en manos de un obispo procedente de la misma región gallega para no interferir en las no siempre buenas relaciones entre los distintos estados de la Federación Ibérica. Pero aun así, ¿por qué Sonseca a quien se tenía por excéntrico y casi como condenado al ostracismo de Orense y no otro obispo gallego habiendo varios donde elegir más acomodados a la política vaticana del momento?

La sorpresa y hasta el abierto encono se multiplicó a límites extremos cuando antes de haber transcurrido un año de ese nombramiento, Pío XIII, en el primer consistorio de su pontificado, elevó a Sonseca a la dignidad cardenalicia. La sede de Compostela había llevado consigo tradicionalmente, y salvo muy contadas excepciones, el grado de cardenal para su poseedor puesto que Santiago tenía en la trayectoria

de la Iglesia un peso específico muy singular, ya relegado a los libros de historia no sólo eclesiástica sino de la vida toda de Europa, pero no por ello menos significativo: era una referencia directamente apostólica que había movilizadado la devoción cristiana durante siglos y que guardaba entre sus muros muchos recuerdos de lo que fue la cristiandad en otros tiempos ahora menospreciados. Ese y no otro habría de ser el motivo que movió a Pío XIII para hacer a Carlos Sonseca cardenal y príncipe de la Iglesia; pero no era el cargo sino la persona en quien recayó lo que suscitaba el movimiento casi generalizado de rechazo.

Sonseca acudió por primera vez en su vida a Nueva York para el solemne acto de la imposición del capelo. De los quince nuevos cardenales era el único que nunca había ido a Estados Unidos, y al llegar a la megalópolis que es el centro y el ombligo del mundo no pudo librarse de una intensa desazón como la que siente un pueblerino al encontrarse de pronto en medio de la vorágine ciudadana. Desagradable sensación no sólo psíquica de alguien que no acierta a comprender gran parte de lo que ve a su alrededor, sino incluso física, somatizando ese desasosiego en forma de malestar del cuerpo con dolor de cabeza, encogimiento del estómago favorecido por la horrible comida americana, tan distinta de la que sus jugos digestivos estaban acostumbrados a recibir, trastornos del sueño y otros más que, según le dijeron, forman parte de lo que llaman los médicos el *jet lag*, pero que él achacaba sencillamente a haber sido arrancado de improviso de la única forma de vida que había conocido hasta entonces.

La ceremonia de investidura en San Patricio transcurrió sin especiales sobresaltos. La secular parafernalia de tales actos se había simplificado al máximo en los recientes pontificados tras la Gran Crisis y no duró más allá de hora y media con todos los rituales reducidos a su mínima expresión. Por la cabeza de Sonseca cruzó la absurda idea, que se obligó a sí mismo a desterrar de inmediato, de que aquello debía de ser algo parecido a la toma de posesión de los nuevos directivos en una empresa multinacional, con hombres de todas las razas y procedencias reunidos ante el presidente y los demás miembros de la junta y rodeados de los restantes cargos de la sociedad mercantil o industrial y de unos pocos y selectos empleados.

No sabía muy bien el por qué de su presencia allí, de su nombramiento absolutamente inesperado para él tanto o más que para quienes en España y en otros lugares se habían pasmado ante la noticia de su elección. Nunca pensó en ser cardenal, ni tampoco lo deseó jamás. Esa dignidad eclesiástica le pillaba muy lejos y, a decir verdad, no le merecía ningún crédito en la actual situación de la Iglesia. Además, se temía que aquel ascenso le iba a alejar de sus auténticas inquietudes espirituales que seguían ancladas en su terruño del Finisterre europeo, donde estaban los verdaderamente fieles al meollo de esa religión que ahora lo elevaba a la condición de príncipe, pues por tales se tiene en el escalafón de la Iglesia a los cardenales desde sus mismos orígenes romanos.

Su deseo era volver cuanto antes a España; afortunadamente, a Pío XIII no se le había ocurrido vincular su nombramiento con ningún cargo curial, de modo que su estancia en Nueva York no tenía por qué prolongarse más de lo estrictamente necesario para la investidura y algunos actos sociales obligados por el protocolo y la meticulosa burocracia vaticana. En tres o cuatro días estaría de nuevo en Compostela y en San Esteban con los suyos.

El último día de los previstos para su estancia americana Carlos Sonseca estaba preparando el ligero equipaje que llevó hasta allí con la ayuda del padre Hermida que le había acompañado desde Santiago en calidad de secretario según requerían las circunstancias; un joven sacerdote procedente del seminario diocesano compostelano que él mismo había ordenado hacía un par de años y que también ejercía esas funciones en el palacio episcopal gallego.

Todo estaba ya casi preparado, hasta las vestiduras talaes señaladas con la púrpura de su nueva dignidad, que no pensaba ponerse hasta llegar a España, cuidadosamente dobladas en una maleta comprada la víspera en los almacenes Bloomingdale's. Entonces sonó el timbre con melodía de carillón de la habitación del hotel. El padre Hermida abrió la puerta y un instante después le entregó a Sonseca un sobre que el botones de la planta le acababa de dar sobre una bandeja de alpaca. No tenía membrete ni signo alguno que identificase al remitente; era un sobre corriente de papel vulgar en el que sólo figuraba su nombre: "Mr. Carlos Sonseca, room 523, Lexington Hotel".

Antes de rasgar el sobre instó al secretario a preguntar quién lo enviaba, pero el botones ya había desaparecido por el largo pasillo enmoquetado. Levantó el teléfono y en recepción sólo supieron decirle que un hombre sin ninguna señal particular lo acababa de dejar con la única indicación de que era urgente que lo recibiese el destinatario; el conserje lamentaba profundamente, le dijo, no poder darle más datos y que eso le hubiese ocasionado algún tipo de molestia. «No importa, no importa», respondió Sonseca y fue a sentarse en una butaca bajo la luz de una lámpara con una amplia tulipa de vitela que difuminaba la claridad de las dos bombillas. Aún tardó unos segundos en decidirse a abrir la inesperada carta. ¿Quién podía escribirle a él y, de forma tan perentoria, en una ciudad en la que no conocía a nadie ni creía que nadie le conociese, tendría la necesidad de comunicarse de ese modo? Rompió el sobre con un movimiento nervioso e intrigado. Dentro había una cuartilla también de vulgar calidad y sin identificación, escrita a máquina.

«Me gustaría cenar con usted esta noche a las 9 en Gallagher's; cualquier taxista le llevará. Vista de paisano. Podremos escuchar de nuevo a Händel y a Monteverdi. A. T.»

A. T., Händel y Monteverdi. ¡Attila Tzor, sin duda alguna! Pero ¡cielo santo!, Attila Tzor era el papa Pío XIII con quien sólo hacía veinticuatro horas había intercambiado palabras de compromiso durante la recepción en el edificio papal de la avenida Madison. ¿Qué significaba aquella enigmática cita? Un irreprimible temblor sacudió las manos de Sonseca que a punto estuvo de dejar caer la carta al suelo. Enseguida se dio cuenta de que Hermida le observaba también inquieto aunque desconociera el contenido de aquel papel que el cardenal consiguió sujetar a duras penas.

—¿Sucede algo, Eminencia? —preguntó aproximándose con gesto servicial.

—Nada, Hermida, tranquilo. Un recuerdo..., una pequeña sorpresa. Alguien que me felicita y que se excusa por no haber podido venir a los actos de estos días. Un viejo amigo al que casi había olvidado y que no esperaba que estuviese en Nueva York. Esta noche voy a salir a verle.

Y ante la cara de no comprender nada del sacerdote, continuó sin estar muy seguro de que sus palabras sonasen convincentes.

—Tómese el resto del día libre. Estoy seguro de que en Santiago le van a asar a preguntas sobre cómo es Nueva York y me parece que estando conmigo, algo que nunca le agradeceré bastante, les va a poder contar muy poco. Todo esto ya está listo. Nos veremos mañana en el desayuno antes de salir para el aeropuerto. Esta ciudad es muy grande, disfrútela aunque sólo sea unas horas. Yo estaré bien, gracias padre.

El sacerdote dudó, comenzó a negar con la cabeza pero se encontró con la firme mirada de Sonseca que le decía a las claras que aquello no era una sugerencia sino una orden.

—Lo que Su Eminencia desee. Gracias, Eminencia. Hasta mañana. Por si acaso, mi número de teléfono móvil es...

—No hace falta, Hermida. Ande, váyase ya.

Solo en la habitación, Sonseca comenzó a dar pasos de un lado a otro, del dormitorio al saloncito que hacía las veces de recibidor de la suite, de allí al baño donde se entretuvo mirándose en el espejo que cubría por entero una de las paredes. Lo que veía era el rostro de un hombre al que los años iban haciendo mella en los rasgos que habían sido juveniles hasta no hacía mucho a pesar de la edad. Las canas, las arrugas, un cierto cansancio más íntimo que externo que se asomaba al semblante; sólo la viveza de los ojos seguía mostrando un fuego que ardía sin consumirse muy dentro de aquel cuerpo. Abrió el grifo de agua fría y se enjuagó con violencia la cara; luego volvió a mirarse pero nada había cambiado: allí estaba el mismo hombre aún descentrado por los acontecimientos de esas semanas, desde que supo la noticia de su nombramiento como cardenal, y además ahora sacudido por el desconcierto de una extraña invitación.

Con toda la emoción que en esos momentos le embargaba no pudo dejar de repetirse una de las frases de la carta: «Vista de paisano». ¿Acaso Tzor, nada menos que Su Santidad Pío XIII, temía verle aparecer otra vez ante él con los fastos vestuarios con que lo recibió años atrás en Orense? El pensamiento no dejaba de tener cierta gracia y quizá revelaba lo impresionado que debió de quedar el entonces legado pontificio por su alarde que rozó o traspasó los límites del pecado de orgullo. El detalle, además, ofrecía ciertas dificultades. En su equipaje no había más ropa “de paisano” que unas pocas prendas con las que se re-

lajaba al quedarse a solas por la noche, mientras ojeaba los periódicos que no había podido mirar desde que cada mañana aparecían en la puerta de la habitación, y antes de acostarse en la cama demasiado ancha y mullida para lo que su cuerpo estaba acostumbrado.

Mas en una gran ciudad y en un buen hotel esto no es problema. Otra llamada a recepción y antes de media hora tenía sobre una silla un pantalón, una camisa, una chaqueta y una corbata; todos ellos horribles, es verdad, muy americanos, pero aceptablemente a su medida. Tras mirar el reloj se dio prisa en vestirse porque en todas las guías turísticas que había tenido oportunidad de leer antes y durante el viaje se hablaba del horrible tráfico neoyorquino y de las habituales dificultades para conseguir un taxi. Los días precedentes no lo había notado puesto que sólo se movió por la ciudad en coches oficiales de la Santa Sede; y además no tenía ni idea de la distancia que separaba al hotel del restaurante. La cita no era con un viejo amigo como habría creído, o no, el padre Hermida, sino nada menos que con el papa y sería absolutamente imperdonable llegar siquiera un minuto tarde. Nuevamente los servicios del hotel funcionaron a la perfección y al bajar al enorme hall pudo ver a través de la acristalada puerta giratorio uno de los característicos taxis neoyorquinos con el conductor al volante y un empleado sujetando la portezuela trasera abierta.

No se había atrevido a preguntar al recepcionista que le saludó con una sonrisa y sin atisbo alguno de sorpresa por verle sin su ropa eclesiástica con la que se había movido por el hotel todos los días, la dirección exacta del restaurante. «Cualquier taxista le llevará», decía la nota de Tzor. Consideró que su destino debía permanecer en la mayor discreción, sobre todo por seguridad, porque, de eso estaba seguro, aquella reunión a la que acudía tenía mucho de clandestino o por lo menos de extrema reserva.

En efecto, el taxista no mostró el mínimo gesto de duda cuando Sonseca le dijo escuetamente el nombre de Gallagher's. Inició la marcha y, al más puro estilo de la ciudad a la que pertenecía, fue sorteando los obstáculos del apretado tráfico de aquella hora como si de un rally se tratara. El conductor, un hispano con la sabiduría parda de su oficio, adivinó el acento de su viajero y comenzó enseguida a trabar conversación en un español de marcado deje caribeño. Real-

mente fue un monólogo porque Sonseca no tenía el ánimo ni el pensamiento para chácharas insustanciales, ocupado como estaba en intentar adivinar la intención del papa al reunirse con él de un modo tan extraordinariamente poco convencional. El chofer desgranó en la media hora larga del trayecto toda la retahíla de sus vivencias, con detalles sobre la extensa familia que debía mantener con su sueldo al volante durante doce horas diarias, críticas contra sus jefes “gringos” y violentas diatribas contra todas las autoridades municipales, desde el alcalde hasta el último policía que luchaba sin éxito por dirigir el tráfico en algún cruce de calles. Como buen hispano la verborrea de aquel hombre estaba salpicada de palabras malsonantes y de expresiones que serían blasfemas si no salieran de la boca de alguien de una raza acostumbrada a tratar con la divinidad y sus símbolos con la misma familiaridad que con su mujer y sus hijos. Del espejo retrovisor colgaba un rosario de gruesas cuentas cuyo crucifijo oscilaba con la marcha del vehículo y en el salpicadero tenía adherido un muestrario de vírgenes y cristos en un alarde también muy hispano de devoción que seguramente tenía muy poco que ver con la fe bien entendida. Claro que mejor eso que la simbología satánica tan de moda en muchos ambientes y que podía verse hasta en anuncios de la televisión para promocionar el consumo de los más dispares productos.

Sonseca, oyendo sin apenas escuchar la tormenta verbal del taxista y mirando de forma distraída aquel abigarrado iconostasio móvil, pensó en cuántas maneras distintas existen de entender la relación con la divinidad. Moldeadas la mayor parte por la educación recibida por cada individuo y con su raigambre perdida en los vericuetos del tiempo; pocas veces fruto de la meditación propia. La religión para la mayoría de las personas, ahora y seguramente siempre, es algo que les viene dado, como la lengua o los hábitos de comida; rara vez se detendrán a pensar en lo que significan esta o aquella palabra que utilizan o en por qué les gusta el sabor a ajo o a paprika o a mantequilla de cacahuete. Un filósofo español del siglo XX, Ortega y Gasset, ajeno en su obra a connotaciones religiosas pero profundo conocedor de la intimidad humana, había señalado muy bien las diferencias entre lo que él llamó “ideas” y “creencias”; las ideas, decía, se tienen, en las

creencias se está y no se piensa en ellas sino que forman el suelo que siempre sabemos que está bajo nuestros pies pero al que no necesitamos mirar a cada paso, o el sol a cuyo horario ajustamos nuestros quehaceres pero sin detenernos a juzgar las leyes que rigen su aparente curso sobre nuestras cabezas. Sólo unos pocos se interrogan más, buscan lo que, inaprensible para los sentidos, se entreteje con la realidad y es tan realidad como ella; unos, los científicos, analizan la cara trasera del tapiz, donde están los nudos del tejedor necesarios para que el envés muestre un dibujo perfectamente inteligible para el espectador común; otros, los filósofos y sobre todo los místicos, quieren encontrar el espíritu que movió los dedos del artesano y, si es posible, al artesano mismo.

—Gallagher's, señor —anunció el taxista mientras detenía el coche, provocando un sobresalto en Sonseca que en los últimos minutos había ido absolutamente ensimismado.

—Ah, muy bien, gracias —y le alargó dos billetes que cubrían con holgura el precio de la carrera sin esperar el cambio que el conductor, en una maniobra bien aprendida, tampoco se apresuraba a entregar; la mucha familia y toda esa historia que repetía veinte veces al día.

La fachada frente a la que se habían detenido no revelaba en nada, salvo en un pequeño rótulo sobre el dintel de la puerta, que aquel edificio fuese un restaurante y no uno más de los que jalonaban las aceras de una calle bien iluminada pero vacía de tráfico y de viandantes a aquella hora bastante tardía para las costumbres neoyorquinas en un día laborable.

Qué distinto de los restaurantes europeos y sobre todo de los españoles que procuraban mostrar al exterior sus galas decorativas y muchas de sus exquisiteces gastronómicas. El puritanismo que subyace en todo el mundo anglosajón y que se adhiere a cualquiera de las otras culturas que en él se desenvuelven, considera el acto fisiológico de comer como uno más de los que hay que velar ante los ojos ajenos; y no al modo tan extrovertido de la cultura mediterránea donde se hace de la comida y de todo cuanto la rodea un verdadero acto social en el que no sólo se busca la satisfacción de una necesidad orgánica sino mucho más el placer del sentido del paladar y el regusto de una buena compañía de mesa y manteles.

Oprimió el timbre orlado con un embellecedor de cobre que brillaba a la luz de las farolas como si fuese de oro y esperó mientras el taxi salía disparado calle adelante en busca de otro cliente a quien el asalariado conductor pudiese relatar su mala opinión de cómo los “gringos” tenían organizada la ciudad y el trabajo de sus gentes. No habían desaparecido tras una esquina las luces rojas del coche cuando la puerta se abrió dejando entrever un comedor no muy grande, con todas las mesas ocupadas y el trajín de varios camareros que circulaban con más o menos soltura entre ellas llevando las bandejas en difícil equilibrio. El portero miró a Sonseca de forma que a éste le pareció un poco impertinente pero que enseguida achacó a su indumentaria, demasiado informal para la que vio que llevaban la mayoría de los comensales.

—En este país no sabe uno cómo acertar —pensó—. Los mismos que van en camiseta por la calle pueden ser los que se atildan para venir a cenar.

El maître se le acercó de mejor manera. Lucía esa sonrisa estereotipada que a los norteamericanos parecen ponerles cuando nacen, con un fruncido de los labios hecho en la misma sala de partos. Le saludó con estudiada afectación al tiempo que echaba un vistazo al listado que tenía en una carpeta de cuero con el nombre del local escrito en letras doradas. Levantó los ojos hacia el recién llegado esperando que éste pronunciase su nombre para comprobar la reserva. Sonseca, que buscaba ávidamente por encima del hombro del empleado a Tzor entre las personas que llenaban el comedor sin conseguir localizarlo, no se apercibió del gesto hasta al cabo de unos segundos. El maître seguía mirándole con la misma apertura de la boca sonriente que parecía confirmar que obedecía a una intervención quirúrgica más que a un gesto espontáneo y amable.

—¡Oh, perdón! Soy míster Sonseca, me están esperando, o al menos debo de tener una mesa reservada.

—Naturalmente, míster Sonseca, pero no aquí en el comedor. Su reserva es para un salón privado en el piso superior. Tenga la amabilidad de acompañarme.

De la otra planta no les separaba más que un corto tramo de escaleras alfombradas y con varios cuadros colgados de la pared que representaban escenas callejeras de un Nueva York a finales del si-

glo XIX, con personas vestidas de aquella época paseando entre edificios coloniales y obras en construcción de lo que sería la megalópolis de unas pocas décadas después. La única iluminación era la proveniente de los apliques enfocados a los cuadros y unas mortecinas luces de emergencia a ras del techo, lo que otorgaba a la escalera una penumbra sugerente de que se accedía a un lugar de mayor recogimiento, sin que el ambiente dejado abajo fuese precisamente de jolgorio pues en todas las mesas se mantenían las conversaciones en un tono inimaginable para alguien proveniente del otro lado del Atlántico, y más de España donde la voz alta es inseparable del comer en compañía.

Al alcanzar el piso, siempre precedido por el sonriente maître que a cada instante volvía la cabeza como si pensara que su cliente se iba a perder en tan corto recorrido, vio que era como una planta de hotel a la que daban media docena de puertas cerradas. En la segunda de la izquierda se detuvo su guía que golpeó con suavidad la madera. Sonseca había esperado llegar antes que su anfitrión, incluso bastante antes puesto que en su reloj aún faltaban veinte minutos para las nueve, la hora escrita en la nota de Tzor, pero ahora estaba seguro de haberse equivocado. Una voz dentro dijo un escueto «Adelante» y el maître giró el picaporte mientras se apartaba con una inclinación de cabeza y sin dejar de enseñar los blanquísimos y alineados dientes, fruto sin duda de una buena labor de odontólogo.

Cruzó el umbral y vio allí a Attile Tzor sentado en una mesa con el servicio dispuesto con esmero y una botella de vino tinto abierta y parcialmente vaciada en dos copas de fino cristal y alto cuello. El papa vestía un terno gris oscuro bien cortado y una corbata no menos horrible que la que adornaba el cuello y la pechera de Carlos. Al instante se levantó, rodeó la mesa y se acercó al recién llegado. Éste cayó de rodillas y cogió la mano de Su Santidad para besarla, pero Tzor tiró de él sin dejar que sus labios llegasen a tocarle; le alzó con fuerza y se fundió en un abrazo apretado que dejó a Sonseca apabullado aunque enseguida reaccionó devolviendo la efusividad. Permanecieron así un tiempo que al español se le hizo muy largo; luego Tzor sin soltar los hombros de su invitado extendió los brazos para colocarlo a la distancia justa de una atenta mirada.

—Está más viejo, Carlos —fue el saludo con el que Attile quiso romper la tensión que adivinaba en el cardenal—. Y peor vestido que la primera vez que nos vimos —añadió a la vez que soltaba una franca risa—. Pero eso mismo me pasa a mí, de modo que esto no es un reproche sino una declaración de compañerismo.

—Santidad —empezó a decir Sonseca—, vuestra llamada me honra y me abruma.

—Y le intriga y, qué caramba, le atrae, no me lo niegue. A estas alturas Carlos Sonseca iría de cabeza a cualquier sitio donde se pueda encerrar un misterio. Pero vamos a sentarnos. He pedido ya la comida para los dos, espero que no le importe. Un menú sencillo, lo que en este país significa comida todavía peor que la habitual, pero por lo menos en este restaurante la preparan con cierto gusto, dos cocineros son húngaros, otro italiano y hasta hay un pinche francés, creo; total, que consiguen que cada ingrediente sepa distinto, a lo que tiene que saber y no todos a grasa y especias como una hamburguesa de un puesto callejero. Comer aunque sea medianamente bien no es pecado, ¿verdad, Carlos? —dijo mientras ocupaba de nuevo la silla en que le encontró Sonseca y como si hubiese adivinado los pensamientos de éste al entrar en el restaurante—. Además, el vino que sirven es también bastante aceptable; californiano, claro, pero con buena voluntad uno se puede imaginar que está bebiendo un tinto francés o, perdón, español. Pruébelo y no sea demasiado exigente.

Sentados a la mesa levantaron las copas y se miraron por encima de sus bordes en un brindis silencioso; bebieron un pequeño sorbo y pareció que se borraban las diferencias que separaban a los dos hombres. Un camarero entró tras pedir permiso antes de abrir la puerta y depositó unas bandejas en una mesita auxiliar que hacía las veces de aparador disponiéndose a servirles.

—Déjelo, ya lo haremos nosotros —le dijo Tzor—. Y dígame a Lazslo que no queremos nada más, ya le veré al acabar.

En cuanto el camarero se hubo marchado, el mismo papa, como el anfitrión de una comida familiar, sirvió los platos y luego bendijo los alimentos con una sencilla oración de gracias.

—Mire, Carlos, ésta es quizá la única oportunidad que tengamos para hablar a solas y ya ve que he tomado muchas precauciones para

que así sea. Hasta la ropa que llevamos usted y yo era necesaria para no llamar la atención aunque no sea raro ver a clérigos en un restaurante de Nueva York; pero mi cara es ahora bastante conocida por aquí, si bien todos se la imaginan sobre un cuerpo vestido con sotana blanca y rodeado de una corte de acompañantes.

»He tenido siempre muy presente nuestra conversación en su catedral de Orense, hace ya tanto tiempo. Entonces me impresionó lo que me dijo, pero cuanto más he meditado sobre ello, y le aseguro que comencé a hacerlo aquella misma noche, más me he convencido de que usted y los suyos son quienes tienen la razón. Vivimos en una nueva Edad Media y necesitamos un pensamiento fuerte como el que animaba a los hombres y mujeres medievales, el que les hizo sobrellevar las tribulaciones de su época y legar a las futuras y hasta a la nuestra un patrimonio de verdades absolutas. La búsqueda que usted y sus hermanos llevan a cabo, querido Sonseca, la aventura de hallar el Santo Grial perdido, es una labor maravillosa y que debería recibir todo el apoyo de la Santa Madre Iglesia. Sólo en esa reliquia, en su significado y posiblemente, como ustedes dicen, en lo que contiene, en su poder infinito, está la auténtica salvación. Soy de todo corazón uno de ustedes y varias veces estuve tentado de volver a Galicia y unirme a esa cofradía que usted dirige... Pero las cosas han cambiado mucho y ahora no puedo hacer nada, estoy atado de pies y manos.

—¿Cómo puede decir eso Su Santidad? —el rostro de Sonseca mostraba una mezcla de incredulidad y de preocupación—. Vos sois la cabeza de la Iglesia, el vicario de Cristo en la tierra.

—Gran error, hermano Carlos. El papa no es ahora más que un pelele en manos de poderes más fuertes que él. Lo intuí cuando servía cerca de Clemente XV, pero desde mi elección para sucederle, porque teóricamente no era conflictivo para ninguno de los bandos que se disputan ese poder, lo estoy comprobando en mis carnes. La Iglesia se ha convertido en una estructura hueca pero que aún conserva unos muros, una fachada, imponentes en casi medio mundo y de cuyo cobijo se han venido a aprovechar unas cuadrillas de ladrones.

Sonseca estaba suspenso ante lo que oía. Su concepto de la Iglesia actual y de la mayoría de sus representantes no había sido nunca bueno ni optimista, pero ahora estaba escuchando la más grande y clara

confesión en boca del mismísimo Sumo Pontífice. Instintivamente echó la mano al bolsillo de la chaqueta donde guardaba la cajetilla de tabaco y hasta la entresacó, pero se detuvo. El papa vio el movimiento y con un gesto de la barbilla le invitó a que encendiera un cigarrillo, hasta le aproximó el cenicero que estaba detrás de las bandejas.

—Muy pronto se dieron cuenta de que se habían equivocado al elegirme. No era el sujeto anodino y manipulable que buscaron para guardar las apariencias y seguir ellos con sus trapicheos. Ante la primera sugerencia de que dejase hacer mirando para otro lado y recluyéndome en mis rezos, sin más presencia pública que la que me dictaran y para decir lo que ellos quisieran que se oyese, y sin más poder de decisión que el de ordenar el horario de mis misas, me rebelé. Alcé la voz ante los miembros de la curia y la caterva de sus paniaguados para hacerles saber que yo era, por designio divino, el guardián de la fe y que en todos los ámbitos religiosos que se profesan católicos debería volverse a hablar de Dios, de Cristo, del Evangelio y de la vida eterna y no como hasta entonces de programas de acción social para los que ya hay otras muchas instancias. La Iglesia no es la Cruz Roja ni Médicos sin Fronteras, que están muy bien, extraordinariamente bien, pero que se ocupan de los cuerpos. Me salió del alma el pasaje evangélico de Mateo: «Buscad ante todo el reino de Dios y lo que es propio de él y lo demás se os dará por añadidura». Pero no saben lo que es ese reino y no quieren la añadidura sino el saco entero.

»Sólo vi ante mí caras adustas o de enemigos. Me dije que el papa todo lo puede y que sacaría adelante mi propósito, pero no ha sido así sino al contrario. Desde entonces me hicieron el vacío y me pusieron vigilancia permanente. Sí, Carlos, sí; constantemente estoy vigilado por una guardia de cardenales y monseñores que celan cada movimiento, cada conversación y hasta cada carta que escribo. Apenas puedo contar con media docena de fieles insobornables hacia mi persona; uno es el que llevó esta tarde mi nota a su hotel; otro el que en estos momentos duerme en mi cama aquejado de un intenso dolor de cabeza que impide por unas horas la entrada al dormitorio de visitantes inoportunos; el tiempo que necesitaba para estar aquí con usted. He sabido que en mis habitaciones hay micrófonos, el teléfono y la línea del ordenador están intervenidos y no puedo dar un paso sin llevar a mi

lado a uno de esos guardianes. Por eso le dije que quizá ésta sea la única oportunidad de vernos a solas.

—Santidad —intervino Sonseca mientras Pío bebía un trago de vino para humedecer la garganta antes de seguir hablando—, yo estoy seguro de que somos muchos los que estamos dispuestos a hacer valer sus prerrogativas de vicario de Cristo, los que le obedeceríamos en todo y haríamos saber al mundo la verdad de lo que me está contando.

—Desengáñese. Ni los mismos jesuitas que aún conservan desde su fundación por su compatriota san Ignacio el cuarto voto de obediencia ciega al papa moverían un hilo para cambiar toda esta trama. Ellos son uno más de esos grupos de poder que se disputan el dominio del cascarón de la Iglesia. El bando principal, sin embargo, lo constituye la Fraternidad de la Acción Divina que usted conoce bien; recuerdo que me hizo un retrato muy exacto, que en aquel momento no creí tanto, de ellos cuando hablamos en Orense. Se quedó corto, mi buen amigo, muy corto. De entonces acá su influencia se ha centuplicado; a sus filas pertenecen la mayoría de quienes me controlan hasta la respiración.

—Pero quedamos otros.

—A los que nadie haría el menor caso en el orden actual. Si por una ocasión de la fortuna o de la providencia pudiesen alzar la voz, otras mil atronarían el ambiente consiguiendo que nadie les oyese o, lo que es peor, que les tomaran por locos que desbarran en apoyo de ocultos intereses. ¡Qué ironía!

—Nada hay peor que la condena al silencio.

—A veces el silencio autoimpuesto tiene sus ventajas; no deja ver la siguiente jugada a nuestros enemigos y eso los desconcierta. Lo quieren saber todo, dominar todo, pero sólo tienen poder sobre lo que se manifiesta, no sobre lo que se guarda en el hondón silencioso del alma. Y ahí es donde debemos dejar que reposen nuestros proyectos y el ansia por llevarlos a cabo algún día.

La comida se había enfriado en los platos sin que apenas la hubiesen tocado. La pequeña habitación estaba llena de humo de los cigarrillos que, uno tras otro, fumaba Sonseca; un pequeño extractor disimulado entre los adornos de escayola del techo luchaba sin mucho éxito por despejar el aire, pero esa neblina de tabaco no parecía molestar a Attila

Tzor que ahora estaba callado jugueteando distraídamente con los cubiertos.

—¿Puedo haceros una pregunta, Santidad? —dijo Sonseca rompiendo aquel instante embarazoso.

—Naturalmente, adelante —contestó el Pontífice levantando la mirada del mantel entre cuyos dibujos de cuadrícula parecía haberse perdido para fijarla de nuevo en los ojos de su acompañante.

—¿Por qué me habéis nombrado cardenal? De vuestra amistad entendí que me concedieseis la mitra de Compostela, pero ¿por qué cardenal?

—Ése es el meollo de la cuestión y lo que justifica precisamente la cita de esta noche.

Sonseca no repuso nada, sólo acentuó el gesto de interrogación.

—Acabo de decirle que en el nuevo orden a su voz, incluso siendo la de un cardenal, le pondrían sordina; si han sido capaces de ponérsela a la mía... Pero sólo un cardenal, una dignidad irrevocable, puede estar en disposición de cambiar un día el curso de los acontecimientos si sabe mantenerse fuera de la influencia de los intrigantes vaticanos: en una diócesis apartada a la que no se dirijan demasiadas miradas, Compostela, por ejemplo. Más remota todavía para la mentalidad de esta gente es Orense, pero hubiesen sospechado algo si nombro cardenal al obispo de una ciudad que muchos no sabrían encontrar en el mapa y eso les habría hecho escarbar en mis intenciones y en las de usted. Por eso le puse primero en Compostela, para que el cardenalato no levantara demasiado polvo al recaer sobre una diócesis primada. Aun así, y usted ya lo sabe, hubo sus más y sus menos, pero pude capear el temporal acogiéndome a motivos de tradición. Le confieso que hasta hablé mal de usted, dije que era un hombre mediocre que podía ocupar sin estridencias un cargo que se debía sólo al protocolo tradicional, un hombre para tapar provisionalmente un hueco hasta encontrar otro mejor, más adecuado al interés de quienes ya entonces me cercaban. No fui muy noble con usted, pero ambos debemos reconocer que la verdad debía permanecer oculta.

—Y ¿qué esperáis de mí?

—Yo sí que soy provisional. Cuando muera quizá haya terminado el tira y afloja entre quienes hoy luchan por el poder verdadero. Según

yo lo veo, la Fraternidad saldrá triunfadora porque es la que menos escrúpulos tiene y la que parte de una mejor posición por sus íntimas relaciones, auténticamente fraternales, nunca mejor dicho, con los poderes mundanos. Los jesuitas han sido muy baqueteados en la historia y su arraigo popular ha descendido mucho. Otros movimientos eclesiales son minoritarios, desean arañar algún jirón de poder y siempre se han mirado en el espejo de la Fraternidad aunque muchas veces apareciesen como enemigos declarados de ella; sus líderes pudieron tener carisma cuando los fundaron para mantenerse fuera de los tentáculos de su modelo, pero ahora están dirigidos por gentes que pactarían con el mismo diablo para subir un escalón; al final apoyarán a la Fraternidad a cambio de las migajas del banquete.

»Si todo esto sucede de esta manera, y estoy totalmente convencido de que será así, el próximo papa será un miembro de la Fraternidad. Y entonces ya no sólo ocuparán el cascarón vacío de la Iglesia sino que lo moldearán a su voluntad hasta hacerlo irreconocible. Eso sería el final de la Iglesia y con ella el final de los tiempos como está profetizado. Pero una vez más se equivocan porque los caminos de Dios son inescrutables, y yo en mi modestia les he puesto una piedra en el zapato de la que, cuando llegue el momento, van a notar la rozadura. Esa piedra es usted, Sonseca.

—¿Yo, Santidad? —ahora la cara de Carlos era el vivo retrato de quien se siente golpeado de improviso por un mazazo mientras contempla un paisaje. No obstante, un brillo en los ojos y la brusca tensión que adquirieron los músculos de todo su cuerpo, como los de un cazador al acecho, demostraban que estaba dispuesto para alcanzar la pieza más importante de la noche.

—Hace mucho tiempo, desde antes de la Gran Crisis, que se viene hablando de que nos encontramos viviendo una nueva Edad Media; primero lo intuyeron los historiadores profesionales, luego otros pensadores, al final hasta muy extensas capas de la población medianamente instruida. Incluso nosotros hemos tocado la cuestión hace unos minutos. Ciertamente es así, pero la historia no discurre, como pensaban los antiguos, en círculo. No sería ése su dibujo en un papel, ni tampoco el del mítico *ouroboros*, la serpiente que cierra el círculo devorándose a sí misma por la cola. Se trata de una espiral en la que se

pasa, sí, por los mismos sitios pero desde una mayor altura, con mejor perspectiva en cada revuelta. De ahí que el hombre individualmente y la sociedad entera tengan la oportunidad de aprender de los errores pasados y mejorar mientras ascienden hacia su destino cósmico como decía Teilhard de Chardin, o más sencillamente celestial como pensamos otros. Los hombres del románico, de la otra Edad Media, y de esa cuestión sabe usted mucho más que yo, Carlos, conocían esto a la perfección y en sus representaciones artísticas ponían junto a unos pocos *ouroboros* una multitud de volutas, de espirales. La historia cuenta inexcusablemente además de con las tres dimensiones que captan los sentidos, con la cuarta, el tiempo, que le da su razón de ser y la única forma de entenderla.

»Y ¿qué podemos aprender de la historia de la Iglesia? Pues que en muchos momentos ha estado el timón de Pedro en torpes manos; a veces en las de personajes abyectos que estuvieron a punto de hacer zozobrar la barca. Pero siempre se salvó del naufragio definitivo por dos razones. La primera y fundamental porque la divina providencia ha velado por ella como aseguró que lo haría el mismo Cristo, aunque también anunció un tiempo de gran tribulación que precedería a la definitiva venida. La segunda, más humana, porque la corrupción afectaba sólo a una parte, por grande que fuese, de la cabeza, pero el resto del cuerpo de la Iglesia se mantenía sano en lo esencial de sus creencias, y a esto contribuyó de modo importantísimo la existencia de una cultura transida en todas sus manifestaciones de religiosidad: clérigos de segundo y tercer orden, alguno también de primero, monjes, hombres y mujeres del pueblo llano y los caballeros andantes, sus hazañas verdaderas y toda la literatura que se forjó a su alrededor con el relato de las aventuras místicas como esas en las que están inmersos usted y los suyos allí en las tierras de frontera de España.

»Miremos a nuestro alrededor y no nos engañemos. En nuestro tiempo la corrupción de la cabeza es mayor que entonces, y yo mismo me incluyo en ella aunque no sea más que por el pecado, también gravísimo, de omisión. Pero, además, el cuerpo de la Iglesia, sus fieles, carecen de energía para reaccionar. Han sido demasiados años de dejadez, del todo vale, de relajación en la predicación del Reino de Dios a

cambio, como mucho, de promocionar la filantropía, un concepto ambiguo y desacralizado con el que los filósofos ilustrados del siglo XVIII pretendieron sustituir el del amor de Dios encarnado en los hombres. A Dios se le nombró el Gran Arquitecto del Universo y se le relegó, cuando más, al honorífico puesto de espectador desentendido del acontecer humano. ¿Qué más da buscar a Dios si Él no nos busca a nosotros, si sólo se complace en mirarse, valga la necia vulgaridad, su propio ombligo? Así hemos culminado en donde estamos, Sonseca. Usted es consciente tanto como yo de que esto es así.

»¿Queda un resquicio para la esperanza? Sí, afortunadamente sí. Y está en el milenario y misterioso Finisterre; está en usted y en su labor de caballero andante con sus compañeros de la gran aventura. ¿No lo comprende? ¿No ve a dónde quiero llegar?

—Discúlpeme Su Santidad, pero no acierto...

—Carlos, Carlos, no me cierre su fina sensibilidad que conozco tan bien. ¡No sea usted tan gallego, hombre! —el papa sonrió como pidiendo perdón por este desahogo verbal que comprendía fuera del tono en que transcurría la conversación.

El cardenal Sonseca no se tomó aquellas palabras a mal sino como un reproche quizá merecido a las dudas que le iban ocupando el pensamiento. Por eso devolvió la sonrisa y sacudió la cabeza como para desentumecer la atención.

—La historia de la Iglesia —siguió hablando Pío— también nos enseña otras cosas. En algunos momentos cruciales, cuando la legitimidad de su máximo rector se ha puesto en entredicho, han surgido cismas. No todos han sido malos ni han destruido la verdadera fe; algunos sólo han discutido la auténtica autoridad de su jerarquía suprema y mientras ésta se volvía a restaurar en unas manos virtuosas, en un sujeto valedor de las verdades de la fe, los cismáticos fueron quienes la salvaguardaron. Le voy a poner un ejemplo que comprenderá muy bien. Tras el regreso de los papas a Roma desde el destierro de Avignon en el siglo XIV, la elección anticanónica, por estar mediatizada por presiones políticas, de Urbano VI dio lugar a una grave crisis conocida como el Cisma de Occidente. Varios cardenales eligieron en un nuevo cónclave a Clemente VII al que luego sucedió su paisano Pedro de Luna que tomó el nombre de Benedicto XIII. Las cosas aún empeora-

ron más y llegó a haber hasta tres papas simultáneamente que se arrogaban la única magistratura del vicario de Cristo. Todo terminó con el nombramiento de Martín V, pero el papa Luna se había mantenido hasta su muerte en Peñíscola con el convencimiento de poseer la legitimidad. Y repasando con criterios objetivos y estrictamente canónicos esa historia de la que estamos hablando, ¿quién cree usted que era el verdadero papa, el que ostentaba el legítimo orden sucesorio y el que además defendía la fe con mayor autenticidad? Pues Benedicto XIII, allí encerrado en el macizo castillo de Peñíscola, viendo pasar los días y las noches sobre el Mediterráneo desde el adarve de la muralla y cada jornada más solo, abandonado uno tras otro por sus seguidores, pero con la fe cada vez más firme y la voluntad puesta sólo en Dios de quien se sabía, sin ningún género de dudas, defensor al mismo tiempo que perpetuo buscador. Pudo hacer suyo el lema de los templarios: *Sólo en Dios, en Dios solo*.

—¿Hay peligro ahora de otro cisma?

—No, ahora no hay peligro, pero algún día puede haber necesidad de él.

Carlos se revolvió en la silla, apagó en el cenicero rebosante el cigarrillo que no había hecho más que encender y se dispuso a oír la conclusión a la que todo aquello conducía. Pío XIII lanzó un suspiro, el de quien llega al final de un largo razonamiento que le ha costado mucho esfuerzo hilvanar.

—Si al morir yo se elige un papa de la Fraternidad o de sus adláteres, será el momento de salvar a la Iglesia, de alzar la bandera de la rebeldía y de reunir a su alrededor a unos pocos o a unos muchos que sean el germen de la regeneración. No habrá mucho tiempo que perder, porque su primera orden será buscar los rescoldos de la fe para apagarlos, y en esa labor llegarán hasta el último rincón del mundo cristiano, descubrirán lo que ustedes están haciendo y lo pisotearán; no quedará nada de su misión y si alguien les recuerda luego alguna vez será sólo como personajes de una leyenda fantástica pero falsa.

»No está usted solo aunque se lo parezca, Carlos. Hay todavía más gente de la que puede pensar que siente el dolor de unas creencias maltratadas. Algunos conservan cierto grado de independencia, man-

tienen una capacidad de iniciativa, pero necesitan que alguien dé la voz de reunirse; ahora no lo tienen por mi propia cobardía, porque yo hubiera debido ser esa voz; mas *si la sal pierde su sabor, ¿quién la salará?* Yo no puedo hacer otra cosa que rezar en soledad y pedir a Dios que Su voluntad no sea la de que todo se derrumbe; y también dejar un grano escondido en el barbecho.

»Por eso es usted cardenal de la Iglesia Católica; por eso le he revelado esta noche mi intención al nombrarle. Seguramente no hablemos de esto nunca más. Ahora que le he descubierto mi alma, como hizo usted aquel día en Orense con la suya ante un desconocido y quizá adversario legado papal, sólo le pido que medite cuanto le he dicho. Ninguno de los dos podemos hacer más; el hombre siembra y recoge, pero sólo Dios envía el agua de la lluvia y hace germinar la simiente.

Sin dar tiempo a que Sonseca acabase de asimilar las últimas palabras, Pío XIII se levantó de la mesa y se dirigió a la puerta del reservado. Antes de abrirla echó su brazo por los hombros del cardenal que le había seguido apresuradamente y miró hacia los platos casi intactos.

—El bueno de Lazslo se va a enfadar porque no hemos comido su guiso. No siempre se tiene hambre a la hora de cenar.

Sonseca se apartó ligeramente para tomar la mano de Pío y besar su anillo. El papa levantó el brazo para que no tuviera que agacharse ni menos aún arrodillarse. Luego dijo a modo de despedida:

—No es este anillo el que hace al pescador; a veces adorna una mano que no lo merece y el buen pescador está muy lejos y con los dedos desnudos. ¡Cúidese, Carlos! Que la Gracia del Señor le acompañe. Ah, y déle recuerdos de mi parte al obispo desconocido.

Attila Tzor no hizo ademán de salir por lo que Sonseca cruzó solo el umbral encontrándose de nuevo en el pasillo; pensó que el irse por separado, como habían llegado, era una elemental norma de precaución. Y en la calle se dispuso a esperar el taxi que el maître había solicitado por teléfono. Sentía dentro de sí uno de esos torbellinos de ideas que provocan vértigo; es como tener la cabeza hueca porque ninguna idea es capaz de fijarse en la atención; pero a la vez llena de objetos mentales que golpean sus paredes hasta ensordecernos.

Todos estos recuerdos le venían ahora a la memoria y sólo se interrumpieron cuando al llegar al exterior del edificio de Georgetown un soplo de aire frío le dio en la cara. Había salido andando maquinalmente y justamente en ese momento, al recibir en el rostro la sacudida de la fría mañana en los jardines del campus universitario, adivinó a su lado la discreta presencia del padre Hermida que seguía siendo su secretario personal y en esa condición le había acompañado otra vez a Nueva York y a Georgetown, alojándose durante las sesiones del cónclave, junto con los secretarios de otros cardenales, en uno de los muchos pabellones de que dispone esa gran universidad.

—Buenos días, Eminencia. ¿Ha descansado bien?, ¿necesita algo?; si me lo permite le diré que no le noto buena cara, ¿se siente bien?

—Estoy bien aunque quizá he fumado mucho y dormido poco esta noche y por eso tenga la cara que usted dice. Y ¿qué tal su alojamiento?

Hermida explicó algo de su estancia durante esos días pero Sonseca no le escuchaba; tenía la vista fija en el macizo edificio del paraninfo que estaba ya a muy pocos metros y el pensamiento muy lejos de allí, en otras personas y en otros lugares.

— ... aburrido. Pero al menos he practicado mi inglés, mi francés y hasta me ha dado tiempo para aprender un poquito de italiano —seguía diciendo el sacerdote mientras se frotaba las manos para entrar en calor, ajeno al ensimismamiento de su cardenal.

El aire, aunque frío, no lo era lo suficiente para embotar el sentido del olfato. En parterres y macizos cuidados por todo un ejército de jardineros y hasta desperdigados por entre el césped que cubre la mayor parte del terreno surcado por algunas calles asfaltadas y muchos caminos de grava o de arena rojiza, cien tipos diferentes de flores llenaban el ambiente con sus aromas y reflejaban el sol meridiano en cada color.

La campana de la iglesia de la universidad, en la alta torre de ladrillo rojo y tejado de pizarra, tañía el toque de gloria y los golpes de su badajo parecían ir acompasando el andar de los hombres de fajín y solideos rojos y los de negra sotana hacia el lugar de la ceremonia de adoración. Varios de ellos ya habían superado la escalinata exterior y atravesado entre las columnas que franquean la puerta del recinto. Sonseca se iba quedando rezagado y con él su secretario. De pronto se

paró en seco mientras que Hermida, por la inercia y por ir distraído, aún dio dos o tres pasos más por lo que hubo de volverse al notar que el cardenal se había detenido.

Carlos Sonseca estaba con semblante serio y ahora no miraba al cercano edificio sino a una hiedra que trepaba con el verde brillante de sus hojas por el tronco de un magnolio hasta alcanzar el nacimiento de las primeras ramas. Tenía los labios apretados y, como observó Hermida, también los puños que asían con fuerza la cruz pectoral.

—Hermida, —soltó como si sus palabras hubieran estado impulsadas por un resorte—, nos vamos de aquí.

—Pero... —empezó a decir medroso el atónito secretario.

—No hay peros, Hermida; ni tiempo para explicaciones. Llame ahora mismo desde donde sea al aeropuerto de Washington y reserve dos billetes para el primer vuelo que salga con destino a España; da igual a qué ciudad se dirija, pero que sea el primero. Luego busque un coche, meta el equipaje y espéreme en la salida sur del campus, por la misma que entramos hace quince días. En una maleta ponga mi ropa de diario, me cambiaré en los lavabos del mismo aeropuerto. Y hágalo rápido. En no más de cuarenta y cinco minutos tenemos que estar saliendo de aquí.

El sacerdote titubeó, no sabía si ir a la izquierda o a la derecha, sólo que cuando su superior daba una orden tajante no había más que decir. Así que echó a correr por el césped arremangándose la sotana y empapando zapatos y calcetines en el agua que los aspersores habían regado durante la noche.

Sonseca se dirigió no al paraninfo sino hacia la iglesia de donde provenía el insistente repique de la campana. El templo estaba vacío, ni siquiera se adivinaba la presencia de un sacristán o monaguillo que manejase aquel instrumento; seguramente su funcionamiento sería eléctrico y el cuadro de control podía estar a cualquier distancia. La iluminación era escasa porque a esa hora no se esperaban visitantes, el interés general estaba centrado en otro sitio; una docena de cirios ante dos altares y la lamparilla que señalaba la presencia de la Eucaristía en el sagrario esparcían toda la claridad que impedía tropezar con los bancos.

Ante el altar mayor se arrodilló el cardenal con la cabeza entre las manos, las palmas apretando con violencia los ojos hasta hacerle ver a

ciegas una constelación de lucecitas, hasta sentir dolor. Le costó adaptar la vista a la puerta dorada del sagrario cuando por fin levantó la cabeza hacia él.

—Señor Dios mío: si lo que voy a hacer es malo, imploro Tu perdón y acepto de antemano mi penitencia; pero si con ello sigo Tu voluntad, ayúdame y protégeme.